

Bajo el árbol

K. Michael V. Pachari



Image not found.

Capítulo 1

Un viejo amigo me contó esta historia. Hace mucho tiempo; y es que nada le costaba contarme la verdad, o su verdad, el cáncer se adentraba poco a poco en todos y cada uno de los órganos que aún le quedaban sin atisbo de la enfermedad. Una metástasis avasalladora. Le tomó mucho tiempo contármela y un esfuerzo desmedido, dado que los pulmones eran de los más afectados. Cada frase concluía con una tos seca y estrepitosa, de esas que te hacen creer que le saldrá algún órgano por la boca. Estar postrado en cama y todo ese tiempo libre lo impulsó a comenzar la historia un día que las conversaciones entre ambos escaseaban.

El viejo (como me gustaba decirle) hace unos años, día a día, sesión tras sesión se presentaba donde el psiquiatra, no habían obtenido resultados con su problema en la mente. Tras cada sesión de electroshocks no se sentía bien, y el sentido no volvía hasta después de pasados unos minutos. Hasta que decía con emoción unas palabras: ¡Vaya vida! Ante el desconcierto de la psiquiatra y su ayudante. Que esperaban una mejora cada día. Pero, tal y como comenzó el tratamiento volvía a la semana siguiente. La asistente del psiquiatra, conectaba unos aparatos a su cabeza. Todo recuerdo de una vida se eliminaba con las pulsaciones eléctricas, a vista y paciencia del psiquiatra y su asistente. No recuerdo que más me contó acerca del Psiquiatra, tan solo eso, su día a día con electroshocks. Recuperar la conciencia y volver a la semana siguiente.

Mientras me contaba, las bocinas sonaban, y resonaban por las ventanas del local. Extendiéndose por todo el edificio. Por supuesto que yo me había acostumbrado a la brutalidad de las calles. Pero a él parecía golpearle la cabeza cada vez. La única solución, que encontró inconscientemente, fue quedarse dormido.

Mientras esperaba a que despertara, porque siempre lo hacía, yo tomaba el periódico. Abriéndolo, sin ver la portada, eligiendo una página al azar, todas las imágenes de personas irrelevantes para mi vida. En letras grandes ponían: Fallecieron un grupo de personas en una discoteca clandestina. Como era costumbre pasé la hoja. Deteniéndome en una que hablaba de una cantante, que recuerdo muy bien que todos idolatraban y derramaban sobre ella elogios. Tal vez con el mismo ánimo, tomé la siguiente hoja y la pasé. Mas historias irrelevantes. Las noticias de siempre me dije, refunfuñando, lanzando el periódico al tacho. Me percaté que había despertado al viejo, caminé hasta la camilla que lo albergaba.

- Ahora es cuando me arrepiento de haber dejado de beber, mientras más sobrio más consciente estoy del mundo -, dijo el viejo, sonriendo.

El viejo se levantó, miró por la ventana. La brisa golpeaba la ventana. - Yo era un joven extraño -, continuó. Con una caminata peculiar. Miraba a los

costados y atrás. Miraba a las personas, los carros buscando cualquier detalle, cualquier indicio, retazo de algún recuerdo o algún rostro conocido.

Ciertamente él no conocía a nadie. En ese momento y en cualquier otro anterior, yo era su único asomo de amigo que él tenía.

Tienes que ver el lado bueno de la vida, le decían todos lo que lo trataban. La psiquiatra sabía que ya no era necesario decirlo, con que él vaya cada semana era suficiente. Su asistente de otra forma, se lo repetía cada vez que lo veía.

- ¿Esperas que esté feliz en un mundo como el nuestro? ¿Hablas de este país? Me parece que la que está desvinculada de la realidad es usted -, le dijo, la última vez que la asistente le llamo la atención. La asistente se quedó sentada sin mirarlo. El viejo tomo sus cosas y se fue.

Ni bien salió del consultorio, caminó por el parque que se encontraba al frente del edificio, cuidando cada paso para no caerse, mirando a los lados, estaba perdido sin su padre para guiarlo, y aun cuando estaba con un poco de letargo, distinguió aquel árbol, cada hoja, cada rama, meciéndose por el viento el árbol que lo esperaba cada vez que salía del consultorio. Su padre le había dicho que aquel árbol podía ser su amigo, era posible contarle cosas, y si confiabas, él te respondería. Me reí por reflejo. Recibí la mirada seria del viejo.

Acercándose, mientras más cerca estaba, más lo calmaba. El dolor en la cabeza desaparecía, los tics nerviosos y tembladera de las manos se esfumaron. Por tan solo un instante, fui libre. Mantenía una sonrisa triunfante al terminar de decir la frase.

Y el viejo lo decía por la paz que sintió en ese momento, porque todas las voces, al menos por un momento, se callaron. Siempre era así. No quería irse, aunque era imposible quedarse, hasta para él. Ya lo había intentado, siendo expulsado por el equipo de seguridad de la zona. Sobre todo, por su terrible condición. Aquel árbol le impedía tener esos desvaríos, como el de vivir en un parque, aun cuando no era de las ideas más descabelladas que se le han ocurrido. Volver a ese cuartucho en la av. Granada, en ese viejo barrio rodeado de parques. Solo, necesariamente tenía que ir solo desde que asesinaron a su padre y ya no había quién lo acompañe a las citas con el psiquiatra. Alejandra lo acompañó un tiempo, pero ella se tuvo que ir.

Alejandra, cuando pregunté sobre quien era ella, recibí un silencio abrumador que interrumpió para continuar contando. No insistí nunca más.

Era necesario volver a su casa. Alejandra y su papá eran la razón por la que el viejo tuvo que ir a esos tratamientos, sin ellos tampoco tenía nada porqué seguir el tratamiento. Sin el más mínimo esfuerzo pudo recordar las cosas que dijo y que obligaron a su padre a llevarlo a la psiquiatra, palabras que tanto llegaron a exaltarla. Espanto que ella creyó haber erradicado de su vida debido a la cantidad de pacientes que había atendido.

Con ayuda de la brisa que primero mecían las ramas de ese árbol, lo mecían a él ahora. Había inventado el mundo desde otra perspectiva ahora que sentía que ya no debía intentar quedarse bajo el árbol. Eran realmente las fuerzas que obtenía después de cada sesión - quizá el tratamiento estaba funcionando después de todo -, se animaba al salir del consultorio.

Daba un paso después de otro por la ciudad, sin importar el destino. Obviamente sus pies, inconscientemente, lo dirigían a su casa. El camino era largo, la lúgubre disposición de las casas dirigía su camino. Iba sin darle mucha importancia al cielo negruzco, y más a cada rostro que poco a poco se asomaba por las ventanas. Iban pasando por su lado, juzgándolo. Sin darse cuenta, sin percatarse del tiempo, había llegado a su casa.

Estaba allí sentado en una pequeña silla, la ventana estaba abierta, cada corriente de aire lo mantenía despierto. Había leído hasta la última palabra que creyó importante de algún libro de su biblioteca. Lo anotó en un papel que mantuvo en su mano, dejándolo caer sobre la mesa. Tomó el lapicero y lo golpeó varias veces contra la mesa. Sin percatarse, se quedó dormido.

Despertó, unas horas después, lo supo por la luz de la luna que golpeaba su rostro. Tomó la nota, que hace unas horas, había escrito. La leyó: "Detrás de este triste espectáculo de palabras, tiembla indeciblemente la esperanza de que me leas, de que no haya muerto del todo en tu memoria". Linda frase de Cortázar, me dijo guiñando el ojo. Por supuesto, asentí.

En ese momento la letra se le hizo aterradora, como si esta mostrara su terrible sino. Tomó una botella de Vodka y se sirvió. Llenó un vaso tras de otro. Salió de su cuarto, tenía que volver hacia ese parque. Volver a asirse por la brisa, bajo el árbol. Con una polera salvaguardándolo ante el terrible frío.

Las calles oscuras no lo atemorizaban, solo quería llegar allí. Las caras que había visto al pasar antes para ir a su casa se habían deformado y le gritaban. Los carros ausentes, la luz tenue, no hacían más que acrecentar su locura. Todo se había convertido en tinieblas, y tan solo había una línea de luz que le guiaba hacia el parque, y sobre todo al árbol. Al llegar nada

se podía comparar con lo que hallaría.

- ¿Tu, te lo imaginas? -, me dijo. Desde luego que para nada pensaría que algo podía cambiar de una hora a la otra.

Se quedó parado frente al árbol, pero nada cambiaba la imagen, ni frotándose los ojos. Caminó por una cuadra más, imaginándose que por alguna falla en la realidad el parque se había transportado, y lo que veía no era su vida, no era ese el parque, mucho menos era ese el árbol. Volvía y seguía viendo lo mismo. Dio dos, tres y cuatro vueltas a la manzana.

- ¿Qué era tan terrible que no podías creerlo? -, pregunté.

- Vi el infierno -, me respondió, después de una pausa prolongada.

El árbol se encontraba ardiendo, y si la brisa lo calmaba hace unas horas, ahora solo enardecía su ira. Empezó a gritar. - ¿Quién lo hizo? ¿Quién lo hizo? -. Caminó una vez más directo al árbol. - Total, no tenía nada que perder - me dijo desalentado.

- Acaricié al árbol, correspondiendo todo el tiempo que me había ayudado, y fue cuando escuche el susurro -.

- ¿Susurro? -, repliqué.

- Si, me susurró: Te llevaré pronto -.

- Todos lo escuchamos, solo tienes que sentirlo, estar ahí; dijo -. Cerró los ojos y una vez más estaba en su cuarto. No sabía si lo que había visto, lo que había sentido, era real. La cabeza le explotaba por las preguntas, no podía soportarlo. Sacó el arma de su padre, una CZ de 9mm, la apuntó contra su cabeza, temblando. Las lágrimas emergían nublando su vista. Ya era tarde. - Llévame de una vez -, dijo en ese momento y lo repitió ahora, a mi lado.

Jalando el gatillo, todo había acabado al fin.

Desde luego el arma no estaba cargada. El viejo no había disparado, o tal vez sí. Disparó en su cabeza, en su corazón, en todo lo que lo atormentaba. Destruyendo su alma, su espíritu, su corazón. Lo encontrarían una semana y media después. Su psiquiatra, asustada, llegó a su cuarto, después de que el viejo no llegara a su cita semanal. En su cuarto se encontraba, en una esquina, donde miraba cada recoveco, cada lugar recóndito donde podía llegar la luz. Pasarían ya varios años para que descubrieran el cáncer en su organismo; y otros más para que yo lo conociera. Y ahora estaba aquí batallando por respirar. El viejo atribuía todo el mal, todo su mal, al disparo fallido. - No le dejaron llevarme -,

repetía. Primero alzando la voz, luego para sus adentros. Estaba seguro de que aquello había desatado, quien sabe si su cáncer, o la enfermedad mental.

Al acabar la historia esperé a que me contara más. El silencio de pronto se había apropiado del salón. El viejo comenzó a respirar agitado, tosiendo compulsivamente.

Me levanté para llamar al doctor.

- Tranquilo -, me detuvo, tosiendo una vez más. - Todo está bien -. Mientras cerraba los ojos, susurraba: - Nos vemos bajo el árbol -.

<<<>>>

Hoy desperté, caminé por mi casa con la terrible noticia resonando en mi mente. El viejo había fallecido. No pude creerlo. Ni recuerdo bien lo que hice después de enterarme, me senté y todo se nubló.

<<<>>>

Hoy tuve que despedirme del viejo en el cementerio. En la puerta, decía irónicamente: "Donde se encuentra paz", nada más lejos de lo que siento. Espero en el fondo de mi corazón que el viejo la haya encontrado. No sé si les ha pasado, pero a veces siento que no reconozco a una persona. La voz se me hace aterradora, primero, y su rostro me parece extraño, después. Me ha pasado desde siempre, pero apenas pude darme cuenta después de las largas charlas que entablamos con el viejo. Aun así, siempre me hablaba de lo mejor de mí y mis virtudes, algo que ahora más que nunca, me cuesta creer. Ha pasado algo extraño con este mundo, pero el viejo me intentaba mostrar otra forma de verlo o de sobrevivir en él. Un acto más heroico. Tratava de explicarme cada vez que hablábamos: que esta es tu ciudad, que este es tu país, que este es tu mundo, que esta es tu vida, y tienes que hallar la manera de vivirlo plenamente. Por más complicada que se ponga la vida; siempre la soledad asfixia, desgarrar músculos, quiebra huesos.

Hoy he perdido más que un simple conocido, he perdido a mi amigo, el que estaba ahí, apoyándome a cada momento. A lo largo de estos años ha sido él quien me ayudo más de lo que yo he podido ayudarle.

<<<>>>

Estoy solo aquí, pensando en escribir lo último, sentado con el insomnio de cada día después de la tragedia, naturalmente, con la mirada extraviada, pensando en todo y nada.

Después de largas horas atosigándome con un interrogatorio, un cigarrillo más se va consumiendo, amortiguando como único soporte ante mi ansiedad, aquí es donde uno se pone a pensar.

Es difícil, pero a pesar de todo intento que llegues a pergeñar. Llega el día tan difícil en tu vida; cuando la persona que te dio los mejores recuerdos, se convierte en un recuerdo. Y ya está, hay que aceptarlo, vivir con eso. Seguir.

Y es ahora que el albor de la muerte se precipita por todo lado. Son mis amigos y familiares, algunos me llamaban pesimista, las personas que tuvieron la malhadada coincidencia de escucharme hablar, cualquiera, si no es que la mayoría. Me han tildado, no inequívocamente, de un cómodo insensible; por las cosas que digo, que llegue a decir, que llegaron a escuchar de mí. He preferido tener ese título a ostentar un optimismo incoherente y ridículo, como el que padecieron todos, precisamente fruto de mi sentimentalismo.

No estoy seguro si este año me volví más reacio a ver un futuro optimista. En un momento te das cuenta que eres el factor común en los problemas que te rodean. Estuve mal y obviamente aún lo estoy. Si, estuve mal, aunque antes me gustaba jugar con mi estado de ánimo, y he tenido momentos en los que he tratado de matizar mi indeseada insensibilidad. Tratar de divorciarte de quién eres, de cómo creciste, de cómo fuiste aprendiendo cómo eran las cosas; es complicado. No obtuve buenos resultados, desde luego, pero no necesariamente por mi falta de compromiso o la falta de ayuda, no, no. Simplemente lo veo como un final predestinado, un destino al que en algún momento tenía que llegar. Soy consciente de mis episodios maníacos, a pesar de que era lo único que trataba de ocultar, y que ahora, solo me alegra escribir; frase a frase, párrafo tras párrafo.

<<<>>>

Han pasado 2 meses, 2 meses. Hace 12 meses tenía aun la música en el corazón. Hace tan solo 26 meses aun hablábamos muy seguido, pero los recuerdos no dejan de pasar por mi mente, no me sueltan. La primera vez que leí las cartas del viejo, encontré aquella frase de Cortázar, que me contó aquella vez. Si bien, comenzó esa pasión mía por escribir cartas, no fue lo único que inició, y ahora que he tenido tiempo libre he vuelto a leer sus cartas. He leído una vez más como de manera tan desmesurada y desencarnada plasmaba su voz, y noté sobre todo la particularidad de hacerse presente en cada palabra. Pero el solo hecho de leer una vez más sus cartas, o escribir lo que con dificultad trato de escribir ahora, me están lastimando demasiado. Estoy perdido y no sé si algún día logre aceptar lo que pasó, el tiempo no ayuda para nada. Quizá tuve la esperanza de que se quedara un tiempo más, pues he hecho y rehecho los sueños en los que siempre está presente, y he tratado una y mil veces de

salvarle; maldiciéndome por no haber estudiado más, por no haber estudiado para ser médico, por no haber podido hacer nada para salvarlo. Ahora tengo que aceptar cada ocaso que pasa y no poder hablarle, pero ahora estoy solo. Tan solo quedan las esperanzas de que pueda haber aun posibilidad de ser feliz, aun con su ausencia.

<<<>>>

Decidí ir al árbol del que me hablaba el viejo, no me tomó mucho tiempo llegar.

Estoy aquí sentando frente al árbol, el viejo tenía razón, qué calma se siente, no puedo evitar sentirme en calma. Nada parece tener relevancia, tan solo el árbol; cómo me va meciendo cada hoja, cada rose entre rama y rama, estremeciéndome. No estoy seguro, pero me parece que esa pequeña parte en la copa del árbol, ahí entre las ramas está comenzando encenderse.